

**1. VOLUNTARIADO****FICHA 8****EL ZORRO QUE QUERÍA AYUDAR**

*Érase una vez un zorro que estaba aburrido con la vida que llevaba. Todo resultaba aburrido, cada día era lo mismo: él perseguía a las gallinas y huía de los cazadores, y una y otra vez la misma historia. Todo su objetivo estaba centrado en sobrevivir, pero le parecía que su vida estaba vacía. Sentía que no era importante para nadie: para los cazadores era sólo una pieza a cobrar, por lo valioso de su piel y para evitar que se comiera a las gallinas; para las gallinas era sólo una amenaza y huían de él.*

*Un día que estaba especialmente cansado se paró a reflexionar. “¿Por qué me ha tenido que tocar a mí ser un zorro?” se preguntó. “¿Por qué no podría ser un perro? Los perros tienen una misión en la vida. Ayudan a los pastores, vigilan las casas, y reciben cariño y reconocimiento por ello. La clave es que ayudan. Saben que su vida sirve para algo. Si yo pudiera ayudar a alguien...”*

*Se quedó pensativo un rato. Él había oído que, en el bosque, había animales que eran “ayudadores”. Se dedicaban a ayudar a los otros animales, especialmente a los que tenían más problemas. “Tal vez podría intentar convertirme en un ayudador. En realidad, me sobra mucho tiempo. No hago más que dormir, comer y escapar. Y hay muchos animales en el bosque que, sin duda, necesitan de mi ayuda. Sólo tengo que convencerles de que no me tengan miedo.”*

*Cuanto más lo pensaba, mejor idea le parecía. Seguro que en eso estaba la clave para ser feliz. Sólo tenía que empezar a ayudar a los demás, y, sin duda, su vida se llenaría de sentido. Sería importante para alguien y sabría que servía para algo.*

*Así que se puso manos a la obra. Miró a su alrededor y vio unos pajaritos que estaban construyendo su nido en un tejado. “¡Qué bonito!” pensó. “Van a tener hijitos y están construyéndoles una casa. Pero mira cuánto les cuesta. Sólo pueden ir trayendo los palitos de uno en uno. Así no van a terminar nunca. Yo, que soy muy fuerte, podría llevar en mi boca todos los palitos y ayudarles a terminar el nido rápidamente”.*

*Y ni corto ni perezoso, cuando los pajaritos fueron a buscar algo de comer, recogió todos los palitos que encontró en su boca y subió al tejado. Depositó todos los palitos en el nido y se puso a arreglarlo con su boca y con sus garras. ¡Vaya! no era tan fácil como parecía. Cuando no se desarmaba por un lado se desarmaba por otro. Así que aplastó, empujó, amasó, hasta que quedó algo que, a sus ojos, podía ser un nido. Aunque quedaba un poco raro...*

*“Bueno - se dijo - estarán agradecidos de todas maneras. Fíjate el trabajo que les he ahorrado”. Y bajó al suelo a esperar que los pajaritos volvieran y observar su alegría y recibir su agradecimiento.*

*Pero, cuando los pajaritos llegaron, les oyó piar desesperados. “¿Quién ha hecho esto?”, lloraban. “Han destrozado todo nuestro trabajo. Ahora tenemos que empezar de nuevo”.*

*El zorro se acercó. “No os asustéis”, dijo. “¿Cómo es que no estáis contentos? Fijaos, ya tenéis el nido hecho. Yo, que soy muy fuerte, os he traído todos los palitos juntos. Soy un Ayudador”.*

*Los pajaritos le miraron con fastidio. “Mira este montón de basura”, le contestaron. “Nosotros no hacemos nuestros nidos de cualquier manera. Elegimos cuidadosamente los palitos que traemos y los trenzamos de manera que nuestros hijos no se puedan hacer daño con ellos, y que puedan estar calientes y seguros. Aquí hay de todo: has mezclado palitos con espinas, con deshechos, con tierra, muchas cosas con las que se pueden hacer daño. Y lo has amontonado de forma que has destrozado la arquitectura que nosotros cuidadosamente íbamos construyendo. No nos has ayudado: has echado a perder nuestro trabajo.”*

*El zorro se sintió muy ofendido. “¿No os dais cuenta de que lo he hecho para ayudarlos? ¿Qué tonterías son esas? ¿Tenéis que poneros tan exigentes? ¿No valoráis mi buena intención? ¿Qué culpa tengo yo de que seáis tan relamidos con vuestro nido? Lo menos que podéis hacer es darme las gracias y disfrutar del nido que os he construido.”*

*Los pajaritos ya estaban volando, buscando otro lugar para hacer su nido. “No te damos las gracias”, dijeron. “Tal vez tu intención era buena, pero nos has destrozado el nido. La próxima vez que quieras ayudar, será mejor que aprendas primero cómo hacerlo”.*

*Así que el zorro se quedó solo, y muy enfadado. “¡Qué ingratos!”, se dijo. “Deberían haberse quedado con el nido en agradecimiento. En fin, esto me sucede por ayudar a quien no lo merece. La próxima vez tendré más suerte”.*

*Y se puso a caminar por el bosque, muy digno, pensando en lo desagradecidos que eran algunos animales. “La próxima vez me encargaré de que sea gente que sepa valorar lo que se hace por ellos. No se puede andar haciendo favores a cualquiera, mira cómo te lo agradecen...”*

*Estaba en estos pensamientos cuando se encontró con una gatita que estaba llorando desconsolada a la orilla de un río. “¿Qué te pasa?”, le preguntó. Y, recordando su propósito de ser un ayudador, añadió: “¿te puedo ayudar en algo?”.*

*“No lo sé”, respondió la gatita entre sollozos. “Mi hijito se ha quedado atrapado en esa isla del medio del río. Yo le dejé ahí para asegurarme que en esta orilla no había peligro y que podíamos cruzar. Pero, cuando llegué acá, vino una corriente fuerte y se llevó las ramas sobre las que yo había caminado. Ahora no puedo cruzar y él tampoco, y está sólo y asustado. ¿Qué voy a hacer?”*

*El zorro se sintió muy contento, ¡ahora sí podría ayudar a alguien que se lo agradeciera! “No te preocupes”, dijo, “yo cruzaré y te traeré a tu hijo”.*

*“¿Lo harías por mí?”, contestó entusiasmada la gatita. “Pero mira que no toque el agua, sabes que los gatos tenemos un miedo terrible al agua”.*

*“Pierde cuidado”, se jactó el zorro. “He cruzado ríos miles de veces”. Y se echó al agua.*

*Cuando iba nadando, se encontró a una tortuga marina. “¿A dónde vas, zorrillo?”, le preguntó ésta. “Voy a salvar a ese gatito que está en la isla. Se ha quedado atrapado y su mamá está muy preocupada”. “¿Quieres que te ayude?”, le preguntó la tortuga. “Si lo colocas sobre mi caparazón, lo pasaré a la otra orilla sin que se moje. Si lo llevas tú se mojará”.*

*“No, no”, contestó el zorro. “Yo soy ayudador y esta es mi tarea. Búscate tú otro al que ayudar”.*

*La tortuga se quedó un poco ofendida por la respuesta e intentó insistir. “Pero podemos ayudarles juntos”. Lo haremos mejor que uno sólo. Yo no puedo coger al gatito, y tú no podrás llevarlo sin que se moje”.*

*“Déjame en paz, tortuga”, respondió el zorro irritado. “Yo me basto para una tarea tan sencilla”.*

*Así que el zorro llegó a la isla y se puso a realizar su buena acción. Pero el gatito no se atrevía a subirse al zorro, así que tuvo que llevarlo entre los dientes. Cuando llegó a la otra orilla, el gatito estaba totalmente mojado y casi ahogado.*

*“¡Mira lo que has hecho!” le gritó la gatita. “Te dije que no se podía mojar y me lo has traído medio muerto”.*

*“Pero te he ayudado” dijo el zorro. “¿Qué culpa tengo yo de que tu gatito no se atreviera a montarse sobre mi lomo?”*

*La gatita se quedó mirándole: “Te agradezco que me lo hayas traído, porque aún está vivo. Pero podías haberlo matado, y la ayuda hubiera sido peor que el problema”.*

*“Pero yo tenía buena intención”, contestó el zorro. “Ya lo sé”, le dijo la gatita. “Pero podías haber trabajado con la tortuga, y mi gatito estaría aquí seco y contento, y no medio muerto y resfriado, como está ahora. Si no se cura, no te lo perdonaré, aunque tu intención fuera buena”.*

*Y así sucesivamente. El zorro intentaba ayudar a los animales del bosque, y, una y otra vez, provocaba desastres a aquellos a los que pretendía ayudar.*

*Al finalizar el día, se encontraba más triste que nunca.*

*“No merece la pena ayudar”, se decía. “Los animales son unos desagradecidos. Uno comete un pequeño error y se olvidan de que les estabas ayudando.”*

*Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que un pequeño caracol se le acercaba y se le subía a la pata. Sólo se dio cuenta cuando oyó su vozecita: “¿por qué estás tan triste?”*

*El zorro se sobresaltó, y al principio no sabía quién le hablaba. “Aquí”, insistió el caracol. “¿Te puedo ayudar en algo?”*

*“Es curioso que me preguntes eso”, le contestó. “Llevo todo el día intentando ayudar a alguien y todos se enfadan conmigo. ¿Me podrías explicar por qué los animales son tan desagradecidos? Yo pensaba que se sentirían contentos de que alguien se preocupara de ellos...”*

*“Cuéntame qué te ha pasado”, le pidió el caracol. Y el zorro se lo contó todo. A medida que lo iba contando, se iba sintiendo avergonzado por sus meteduras de pata. “No sirvo para ayudador”, concluyó. “Mejor me dedico sólo a mis gallinas y a mis cazadores”.*

*El caracol le escuchó con mucha seriedad. “Tu intención era buena”, le dijo. “Pero para ayudar no basta con tener buenas intenciones. Mira la serie de desastres que has provocado, sólo porque estabas más interesado en recibir agradecimiento, y recibirlo tú sólo, que en lo que los otros necesitaban”.*

*“Pero yo no sé hacerlo de otra manera”, se quejó el zorro. “Claro que no”, contestó el caracol. “Todos tenemos que aprender. Y tenemos que saber cuándo podemos ayudar y cuándo necesitamos que nos ayuden a ayudar. Hay que formarse, y trabajar juntos para poder ayudar”.*

*“Nunca pensé que fuera tan complicado”, musitó el zorro. “Y no lo es”, respondió el caracol, “pero tampoco es tan sencillo. Por eso hemos formado una escuela de ayudadores. Aprendemos las características de los animales del bosque, aprendemos a hacer algunas cosas que sirven para ayudar, y también formamos equipos para poder sumar nuestros esfuerzos y dar respuesta a las distintas necesidades. ¿No querrías venir?”*

*“¿Ir a una escuela?” respondió el zorro. “Además del esfuerzo que supone ayudar, ¿tengo que ir a la escuela?”.*

*“Como has podido comprobar, ayudar no es tan fácil como parece”, le replicó el caracol. “Por muy buenas que sean tus intenciones, sólo sirve quien sirve, quien puede servir. Si tú quieres ayudar, tendrás que aprender a hacerlo. Las intenciones no producen resultados si el que quiere ayudar no sabe cómo hacerlo bien”.*

*El zorro se le quedó mirando. “¿Tú eres un Ayudador?” preguntó. “¿Has ido a esa escuela?”*

*“Sí”, respondió el caracol. “Por eso sé que, para ayudarte, tengo que escuchar primero tu problema antes de proponerte soluciones. Y muchas otras cosas que tú también puedes aprender”.*

*El zorro empezó a entender que, cuando había querido ayudar, lo había hecho desde un punto de vista egoísta: sólo había pensado en sí mismo y en lo bonito que sería que todo el mundo le agradeciera su ayuda. Pero que, si quería realmente ayudar, tendría que pensar sobre todo en los otros. Que no cualquier ayuda servía, sino sólo aquella que realmente respondiera a la necesidad del otro.*

*“¿Tú me llevarías a esa escuela?” preguntó tímidamente. “¿Crees que podría aprender?”*

*“Por supuesto”, sonrió el caracol (si es que se puede ver la sonrisa de un caracol). “Para aprender a ayudar sí que basta con el deseo de aprender. Todos tenemos algo que aportar. Y estamos deseando contar con nuevos Ayudadores. No sabes cuántos animales necesitan de tu ayuda”.*

*Así que el zorro ingresó en la Escuela de Ayudadores. Y aprendió a ayudar a los pájaros a construir sus nidos, a trabajar en equipo con las tortugas y muchas cosas más. Pero eso es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.*